

*Solace*, barco hospital.

## CAPITULO XXXV

### MISCELANEA

**UN ESPIA EN PUERTO RICO. - EXPLOSION EN EL POLVORIN DE MIRAFLORES  
LA ESCOLTA DEL GENERAL MACIAS.- RIVAL.- EL SANTUARIO DE HORMIGUEROS  
PROMESA CUMPLIDA.- EL HELIOGRAFO.- MARTIN CEPEDA.- RAMON  
B. LOPEZ.**

### UN ESPIA EN PUERTO RICO

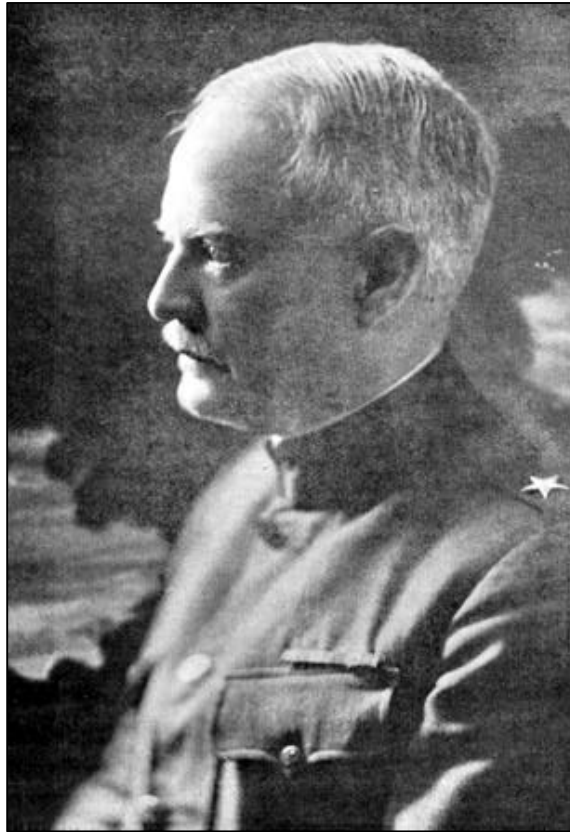


URANTE el breve período que duró la guerra, muchos espías y confidentes, algunos con grave riesgo de sus vidas, prestaron valioso concurso desde Puerto Rico al *Bureau* de Información Militar de los Estados Unidos, pero ninguno demostró tanta sagacidad, intrepidez e inteligencia como el teniente de artillería H. H. Whitney, quien logró, utilizando ingeniosos disfraces, recorrer una gran parte de la Isla, obteniendo una información tan importante, que en ella se apoyaron, más tarde, todos los planes de campaña del general Miles.

Este joven oficial salió de Cayo Hueso el día 5 de mayo de 1898, a bordo del acorazado *Indiana*, buque que formaba parte de la escuadra del almirante Sampson, con rumbo a San Juan, y, durante la travesía, aparentando ser un *repórter*, consiguió ser admitido entre los corresponsales que venían a bordo del yate *Anita*, perteneciente a la Prensa. Desde este buque presenció el día 12 el bombardeo de la plaza de San Juan, y terminado éste, siguió a bordo de dicho buque hasta el puerto de St. Thomas, adonde llegó el mismo día por la tarde, desembarcando allí como uno de tantos corresponsales que por aquellos días llenaban la ciudad de Carlota Amalia.

Como había recibido órdenes oficiales para desembarcar en Puerto Rico por cualquier medio, a fin de estudiar las condiciones del país, embarcó, disfrazado, en el vapor de carga inglés *Andarose*, buque que fondeó en Ponce el día 15 del mismo mes de mayo, y allí y en Arroyo permaneció muchos días, los cuales utilizó Whitney para llevar a cabo su arriesgada exploración; recorrió todos los barrios de Ponce y las jurisdicciones de Arroyo, Yauco, Salinas y Guánica; en este poblado, donde se hizo pasar por inglés, se dedicó a la venta ambulante de petróleo, y montado en un mal caballo, hizo

frecuentes excursiones por aquellos campos, recibiendo valiosos informes y llevando a su cartera muchos croquis y notas que le facilitaban los numerosos individuos desafectos



**Brigadier general H. H. Whitney.**

a España, que por allí habitaban y sosteniendo constantes relaciones con el *leader* separatista Mattei Lluveras. Muchas tardes, aparentando dedicarse a la pesca, pudo reconocer todo el puerto de Guánica y sus canales practicando cuidadosos sondeos, y cerciorarse de que ni en dicha bahía, ni en sus alrededores, había minas ni otras defensas que un pequeño fortín, reforzado con troncos de árboles y construido muy a la ligera.

El general Macías había recibido una información cablegráfica del cónsul español de St. Thomas, advirtiéndole que un americano, quien se hacía pasar por periodista, pero que indudablemente debía ser, como se desprendía de su lenguaje y aspecto, un oficial del Ejército americano, había desaparecido de aquella isla el mismo día de haber zarpado con rumbo a Ponce el vapor de carga *Andarose*. Dicho cónsul fue más allá en su información, añadiendo que el supuesto periodista era un teniente de apellido Whitney, quien había recibido del Gobierno americano una misión secreta para desembarcar en Puerto Rico y ponerse en relaciones con sus habitantes; el mismo funcionario daba en su telegrama las señas exactas y minuciosas de aquel oficial.

Al recibo de tan importante información, toda la policía de Orden público, la Guardia civil y los *detectives* al servicio del general Macías, se pusieron en movimiento. Witney fue localizado en Arroyo por un sargento de la Guardia civil; pero el temor que existió durante toda la guerra de provocar un conflicto con Inglaterra, impidió toda acción de las autoridades, ya que el *espía* no se ocultaba, y aparentando ser un ciudadano

inglés, mantenía estrechas relaciones con su cónsul en aquella población; y de esta manera, y merced a su osadía y a la torpeza de los polizontes, pudo llenar la misión que se le confiara, escapando libremente el día 2 de junio con rumbo a Nueva York, adonde llegó el 7, y a la tarde siguiente dio cuenta de su aventura al presidente Mac-Kinley, quien para escucharle había reunido todo su Gabinete.

Según las notas que conservo, el día 27 de mayo el vapor *Andarose* fue despachado por la Aduana de Ponce después de cargar para Halifax 605 bocoyes, 119 barriles y 9.904 sacos de azúcar, pesando todo 1.344.822 kilos, y además 350 bocoyes de miel, con un peso de 165.900 kilos, abonando por derechos de carga 1.250 pesos 50 centavos; de Ponce siguió el *Andarose* al puerto de Arroyo, donde con fecha 2 de junio zarpó para Nueva York, habiendo cargado en aquel último puerto 481.542 kilos de azúcar y 3.150 de ron, por los cuales abonó como derechos de Aduana 397 pesos 27 centavos, y como tributo de exportación, 3 pesos 15 centavos.

La información y sugerencias del teniente H. H. Whitney, ascendido entonces a capitán, hicieron tal impresión en el generalísimo Miles, que ya cerca de San Juan, al frente de las fuerzas invasoras, varió de objetivo, haciendo rumbo hacia Guánica, en vez de desembarcar, según el plan acordado, en las playas de Fajardo.

Cualquiera que sea el juicio que a los técnicos militares pudiera merecerle este cambio de planes de guerra, no cabe duda que la ciudad de San Juan y sus vecinos son deudores de inmensa gratitud al teniente Whitney, hoy mayor general retirado, residente en el Hawaii, y que pasa los calores del verano en el lujoso hotel Normandía de San Francisco de California. Según el plan primitivo, mientras la expedición Miles tomaba tierras por Oriente, avanzando después sobre la capital de la Isla, la flota americana daría principio a un bombardeo, no interrumpido, contra las defensas y ciudad de San Juan. Aquí no hubiera quedado piedra sobre piedra, y las pérdidas de vidas y de propiedades hubieran sido incalculables; todo este horror de la guerra fue evitado por la inteligente intervención del valeroso artillero, a cuyas bondades debe, el poder ofrecer a mis lectores un resumen de su viaje por nuestros campos, documento que, acompañado de una expresiva carta, recibí el día 26 de abril de 1921. Con el *memorándum* y carta venía también un retrato que representa al mayor general Whitney cuando al frente de una brigada de artillería de campaña, número 63, el año 1918, se batía en los campos de Francia contra los ejércitos alemanes. El *memorándum* de referencia es como sigue:

**«Bajo órdenes secretas del secretario de la Guerra (Alger), el ahora brigadier general H. H. Whitney (entonces segundo teniente del 4º Cuerpo de artillería de los Estados Unidos), embarcó en mayo 5, 1898, en Cayo Hueso a bordo del acorazado *Indiana* (al mando del capitán Harry Taylor, de la Armada de los Estados Unidos), con rumbo al Este y en ruta para San Juan, Puerto Rico. Cuando el teniente Whitney sospechó el objetivo de la flota de Sampson, persuadió al capitán Taylor de que lo permutase con un periodista del yate *Anita*, uno de los dos barcos de la Prensa que consiguieron seguir a la escuadra, siendo el otro el de la Prensa Asociada, nombrado *Dauntless*. El *Anita*, después de presenciar el fútil bombardeo de San Juan, salió para Carlota Amalia, Indias Danesas, la estación más próxima de cables, desde donde podían enviar sus despachos.**

**El teniente Whitney, pasando como corresponsal, supo en Saint Thomas que el barco de carga inglés *Andarose* estaba a punto de salir para Puerto Rico con objeto de tomar un**

cargamento de azúcar y mieles, que los comerciantes españoles estaban ansiosos de vender antes de la esperada invasión *yankee* de la Isla. Con la ayuda del cónsul americano Hanna consiguió que el pinche de cocina (un negro) desertara después que el barco hubo obtenido del cónsul español sus papeles de despacho. A media noche, y antes de la salida, Whitney se apoderó de una yola y remó hasta *el Andarose*; buscó allí al negro, le dio algún dinero y una carta para el cónsul Hanna y, enviándolo a tierra en la embarcación robada, se escondió a bordo sin ser notado. A la mañana siguiente (después que el *Andarose* hubo levado anclas y estaba ya en mar abierta) Whitney compareció ante el capitán del barco (un escocés llamado Smith) y le manifestó que se quería matricular en lugar del desertor, añadiendo que, de no hacerse la substitución, los documentos del barco no corresponderían con el número de sus tripulantes. Whitney firmó los papeles de matrícula, con una paga de tres libras esterlinas por mes, y con el nombre de «H. H. Elías» (el de uno de sus bisabuelos, que fue soldado en la revolución), lugar de nacimiento: Bristol, Inglaterra.

La fecha del enganche se anotó con dos semanas de anterioridad para evitar sospechas en los puertos de entrada en Puerto Rico.

Whitney desembarcó primeramente en Ponce. En esta rada el *Andarose* embarrancó en un banco de rocas coralinas. El barco fue inspeccionado minuciosamente por los oficiales del Puerto de Ponce y la policía en busca de un *espía americano*. Cuando el inteligente cónsul español en Carlota Amalia hizo el recuento de los corresponsales americanos y encontró que faltaba uno, dedujo que debía haberse marchado en el *Andarose*, y así lo cablegrafió a San Juan.

Los empleados españoles, al hacer la inspección de todos los hombres a bordo, encontraron al *espía* en la cubierta inferior del barco, sobre sus manos y rodillas, fregando el piso de un lavadero, y pasó como miembro regular de la tripulación.

Whitney le dio al capitán del *Andarose* 60 dólares, prácticamente, todo el dinero que tenía (y el cual no era suyo, pues pertenecía a su esposa) por el privilegio de ir a tierra en cada puerto que el barco tocara. Pasando como uno de los subalternos del buque, hizo varios viajes a caballo dentro del país y recogió la información que buscaba: carácter de los habitantes, fuerza de las guarniciones, si los puertos estaban o no minados, el número de faros y de puertos buenos para hacer un desembarco, etcétera, etc. Fue recibido en todas partes con la más cordial hospitalidad por los naturales, quienes eran muy generosos en sus obsequios del exquisito ron que se destila en el país.

Whitney visitó al cónsul inglés Armstrong en Arroyo, el cual se mostró muy bondadoso y comunicativo.

En Maunabo, los Rieckehoff lo festejaron espléndidamente y le dieron muy valiosa información. A caballo y con numerosa compañía, dio un agradable paseo por las montañas y pudo ver a Humacao, una ciudad importante, guarnecida por la Guardia civil. Fue durante este paseo que María Vall Spinosa, una de las señoritas que habían visitado el *Andarose* cuando se encontraba encallado en el puerto de Ponce, advirtió a Whitney del carácter feroz y suspicaz del alcalde local, a quien encontraron al retorno, por la tarde, en la hacienda Rieckehoff. Cuando esta linda muchacha, la cual fue educada en los Estados Unidos, vino a bordo del *Andarose*, en Ponce, acompañada de su primo, el comandante de las tropas españolas, se dirigió a un marino (Whitney) preguntándole la causa de haberse encallado el

barco. La contestación del marinero, *Damfino* (contracción de *damn if I know*) ( 1 ), le hizo sospechar que no era inglés sino americano; sintiendo simpatías por éstos, ella se mostró deseosa de salvar a este intrépido joven, evitando fuese descubierto. (La señorita Spinosa, más tarde, casó con un abogado de Baltimore, Maryland, Estados Unidos de nombre Douglas.)

Después de otras aventuras de menos importancia, Whitney logró salir de la Isla sin ser capturado; llegó a Wáshington, Distrito de Columbia, en junio 8, 1898, e informó, personalmente, al presidente Mac-Kinley, durante una sesión del Gabinete, describiéndole las bellezas que vio en aquel maravilloso, fértil y pequeño jardín; se unió luego a las fuerzas del general Miles, en Tampa, embarcando en el *Yale*, en Charleston, Carolina del Sur, en julio 8, 1898, para Santiago de Cuba y desde allí siguió, más tarde, para Puerto Rico, persuadiendo durante el viaje a Miles para que tomase tierra en Guánica, y de esta manera el anunciado desembarco en Fajardo resultó, solamente, un ardid para engañar a los españoles. El coronel Wagner, quien estaba a cargo del *Bureau* de Inteligencia Militar en el departamento de la Guerra, dijo: «Yo estoy en condiciones de saber que los planes de la feliz campaña del general Miles en Puerto Rico estuvieron basados en la información recogida por el capitán Whitney durante su peligroso reconocimiento de la Isla, en mayo de 1898.»

#### UNA CARTA DE HENRY H. WHITNEY


Hotel Normandie, 1499 Sutter St.  
San Francisco de California, abril 20-21.

Mi querido capitán Rivero:

Le incluyo mi retrato tomado durante la guerra (1918) cuando yo estaba al mando de la brigada número 63 de artillería de campaña. No tengo a mano ninguna fotografía tomada en 1898.

Le envió un *memorándum* de mis experiencias en Puerto Rico, sintiendo mucho no tener a mano mis papeles en este momento.

Con los mejores deseos, para el éxito de su Historia, quedo, lealmente suyo,

A handwritten signature in cursive script that reads "Yours faithfully Henry H. Whitney". The signature is written in dark ink on a light background.

P.S.- Aunque por aquel tiempo se habló mucho de mi *heroísmo*, no debió considerarse mi expedición a Puerto Rico de mayor importancia que lo corriente; puesto que el departamento de la Guerra me otorgó la Barra de Servicio Distinguido, que también se llama Cruz de Servicio Distinguido, condecoración que recientes órdenes conceden a los que realizaron servicios distinguidos durante la guerra hispanoamericana. Por ejemplo: al

1.- «Yo, qué diablos sé».- N. del A.

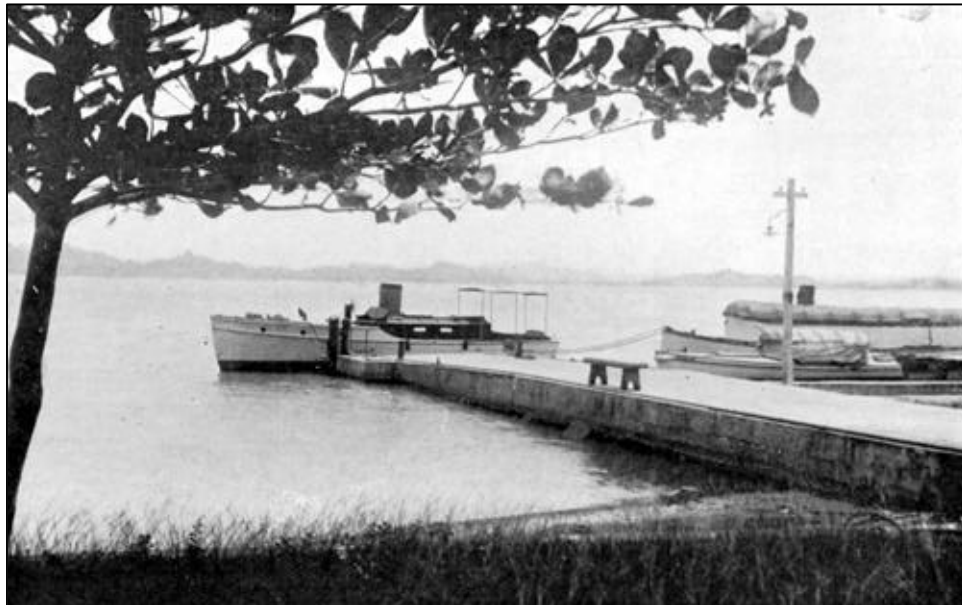
actual jefe del Estado Mayor se le ha concedido dicha Cruz por servicios prestados, con la batería Astol, en Filipinas, durante el año 1899.- E. H. W. ( 2 ).

## **EXPLOSION EN EL POLVORIN DE MIRAFLORES**

14 de julio de 1898.

El polvorín de Miraflores, situado en la isleta de su nombre, contenía una gran cantidad de pólvora, envasada en cajas de cedro; esta pólvora vino de Méjico y Venezuela al evacuar España aquellos países, a principios del pasado siglo; era de grano fino, fabricada en Murcia, y de tan excelente calidad que, después de un siglo, estaba en perfecto estado. Como este explosivo no era utilizable en los cañones modernos, se dispuso arrojarlo al mar, quitando riesgos en caso de nuevo bombardeo.

Cada mañana acudían a Miraflores un capitán, veinte artilleros y un auxiliar, obrero de confianza del Parque. Este polvorín, como los demás, tenía tres cerraduras con sus llaves, que eran guardadas, respectivamente, por el gobernador de la plaza, comandante principal de artillería y el oficial de administración militar encargado de efectos. Generalmente cuando se sacaba pólvora, todos los *claveros* depositaban sus llaves en poder del capitán de artillería.



**Muelle de Miraflores.**

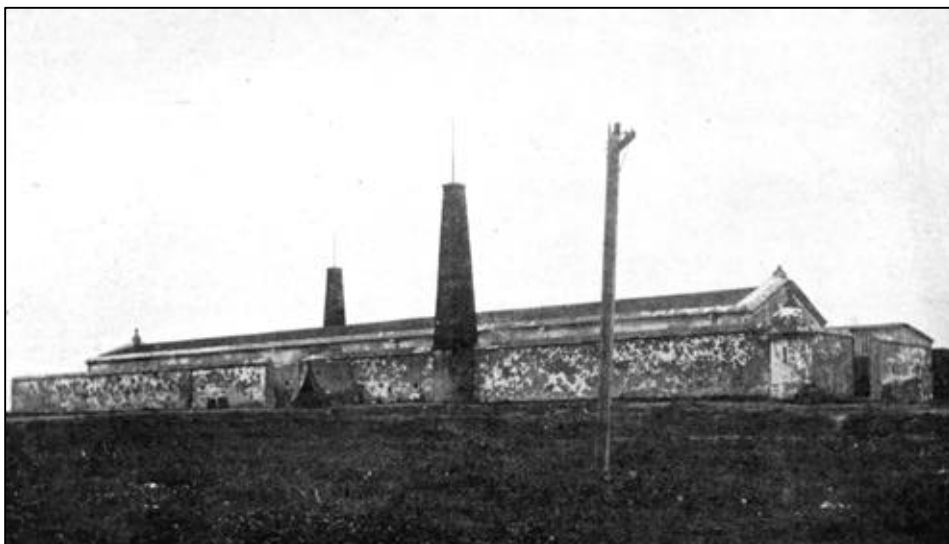
El día 14 de julio fui nombrado para dicho servicio en Miraflores; pero, cuando salía del castillo, recibí nueva orden para que prestase el mismo servicio en otro polvorín, en Puerta de Tierra, yendo, el capitán Aniceto González, en mi lugar; terminé muy pronto y regresé. A la una y treinta de la tarde se sintieron dos terribles explosiones sólo comparables al disparo simultáneo de cien piezas de artillería.

2.- Recientemente se ha concedido al general Whitney una alta recompensa por sus servicios en Puerto Rico.- *N del A.*

Temblaron los edificios; se pararon los relojes y muchas vidrieras saltaron en pedazos; gente presa de pavor corría en todas direcciones. Desde San Cristóbal divisamos una nube de humo que cubría toda la isleta donde está el polvorín.

Poco después el capitán González avisaba que una explosión había volado el muelle, causando muchas víctimas. Todas las camillas de las baterías fueron enviadas hacia aquel sitio, y además médicos, practicantes, enfermeros y botiquines; el general Ortega, el coronel de artillería y otras autoridades se dirigieron, por mar, a Miraflores, adonde más tarde fue también el capitán general Macías. La Cruz Roja del distrito de la Marina, ocupando un bote, acudió con todo su personal y material. La primera embarcación que llegó al paraje de la catástrofe fue la draga *España*, al mando de su capitán José Fuentes Pérez.

**Cómo ocurrió la catástrofe.-** A la hora indicada había en el muelle de la isleta alrededor de trescientas cajas de pólvora, pesando, aproximadamente, un quintal cada una. El bote de vela *Borinqueño* estaba a medio cargar; la pólvora era llevada por él a bordo de la goleta *Concepción*, anclada a cien metros del muelle. La goleta era la encargada de arrojar, cada día, el cargamento fuera de la Boca del Morro. Uno de los



**Polvorín de Miraflores.**

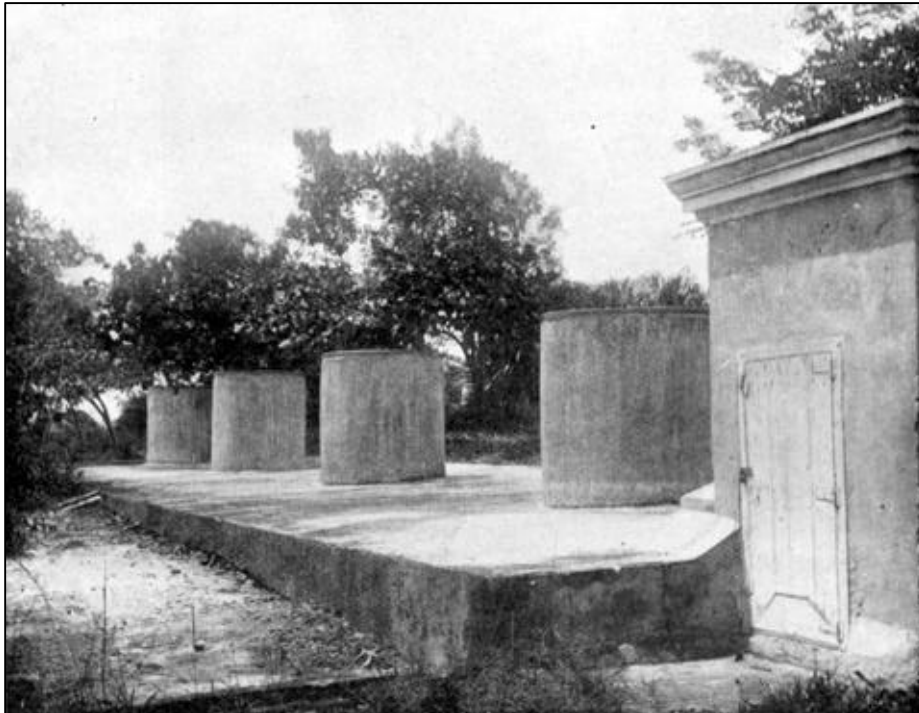
boteros había encendido su cigarro, lo que estaba vedado, y como viera que el capitán González salía del polvorín, para ocultar su falta lo arrojó dentro del bote. Aunque la pólvora estaba envasada, siempre se tamizó algún polvorín, y sobre él cayó el cigarro, causando la explosión de la pólvora que contenía la embarcación. Seguidamente se inflamó la que estaba en el muelle, el cual quedó destruido, volando sus sillares a gran distancia; el bote desapareció.

Las víctimas fueron diez y ocho: catorce artilleros, todos de mi batería; el peón de confianza del parque, de apellido Santín, y los boteros Félix Rivera Carrillo, Eustaquio Olivo y Doroteo Benítez; tres artilleros más que estaban a distancia, Lino Ramírez, Miguel Fournier y Francisco Lanás, resultaron con heridas; grave Fournier y los demás leves.



Sólo fue recobrado un cadáver, el del artillero José Irimias, natural de Galicia. Los artilleros muertos, y cuyos cadáveres no aparecieron, fueron Antonio Juan, Félix Domínguez, Simón Domínguez, Antonio Prieto, José Vives, Jaime Estradas, José Prado, Antonio López, Francisco Romero, Emilio Márquez, Miguel Soto, Tomás Fernández y Cristóbal Batalla.

Cerca de la draga apareció, más tarde, un cuerpo sin brazos, piernas, ni cabeza; dos días después encontráronse un brazo y una cabeza que no pudieron ser identificados.



**Depósitos de la fuente de Miraflores.**

Recuerdo que una señorita, de familia muy distinguida, de un pueblo de la Isla (creo fue de Lares), me escribió rogándome que si había encontrado en el cadáver de un artillero, cuyo nombre me indicaba, una sortija de promesa de boda, se la enviase; no pude complacerla. Este artillero era un joven español, de posición desahogada, casi rico, comerciante de aquel pueblo, donde servía como voluntario, y que por órdenes del general Macías había ingresado con quinientos más en los Cuerpos activos de la guarnición.

## **ESCOLTA DEL GENERAL MACIAS**

Días antes de que se proclamase en San Juan el estado de sitio, un centenar de jóvenes, pertenecientes a las más distinguidas familias portorriqueñas, visitaron al Capitán general Macías, en el Palacio de Santa Catalina, y allí le ofrecieron sus servicios para toda función de guerra. El general, apreciando en su justo valor tales ofrecimientos, los aceptó y dispuso que 40 de aquellos jóvenes formasen una sección montada que debía acompañarle, como su escolta, en todos los actos oficiales, y que también le seguiría al campo si las operaciones militares le exigían tal medida. Se nombró instructor



de los nuevos reclutas voluntarios al comandante de ingenieros Julio Cervera, ayudante de Su Excelencia, y después de amaestrarlos en el manejo del arma y evoluciones pie a tierra, practicaron ejercicios a caballo, pues dicha escolta era montada, y en la primera revista que pasó el gobernador de Puerto Rico a todas las tropas y voluntarios de la guarnición de San Juan, aquellos 40 jóvenes, confundidos con sus ayudantes, llamaron la atención por su gallarda apostura y eficiencia militar.

Este rasgo del general Macías de entregar la custodia de su persona a un grupo de portorriqueños, fue una demostración evidente de que él nunca compartió los injustificados recelos de su jefe de Estado Mayor .



**D. Ramón Falcón Elías.**

La escolta, por votación unánime entre sus miembros, eligió a sus oficiales y clases, quedando constituida en la forma siguiente:

*Capitán:* Ramón Falcón Elías.

*Primeros tenientes:* Manuel Rodríguez Serra y Ramón H. Patrón.

*Segundos tenientes:* Pedro de Aldrey y Francisco J. Marxuach.

*Sargentos:* Juan Acuña Aybar, Mario Brau y Fortunato Vizcarrondo.

*Cabos:* Guillermo Escudero, Francisco Cabrera y Pedro de Elzaburu.

*Jinetes de la escolta:* Mamerto Quiñones, Emigdio S. Ginorio, Manuel M. Ginorio, José de Elzaburu, Mariano Acosta, Tomás Acosta, Luis Padial, Gabriel Padial, José Soliveras, Marcos Blanco, Adolfo Mercado, Ramón Fernández Náter, José D. Moreno Santí, Manuel Palacios Salazar, Alvaro Palacios Salazar, Gustavo L. de Luque, Ricardo Abella Blanco, Enrique Camuñas Craux, Emilio Fernández Mascaró, Manuel Moraza, Rafael Ramírez, Ramón Ferrán, José Blanco Pérez, Arturo Andréu, Ramón Balasquide, José Guillermet, Antonio Castro González, Pedro Chandri y José J. Ramos.

Durante el bombardeo, el día 12 de mayo, todo el personal de esta escolta concurrió al paraje que se le había designado para casos de alarma, haciendo lo mismo cuantas veces se escuchó en San Juan el toque de *general*. Después del desembarco del Ejército americano, y como no fuesen necesarios los servicios de aquella, toda vez que el general Macías había resuelto no salir a campaña, y estando además cercano el final de la guerra, fue disuelta dicha escolta del general Macías, quien, hasta los últimos momentos y aprovechando todas las ocasiones, colmó de elogios a los valientes muchachos, que voluntariamente se ofrecieron a correr con él los peligros de la guerra.

## ¡RIVAL!



UE un noble perro, de gran tamaño, recio, muy reñidor y de raza mallorquina. Tenía cortadas las orejas, tieso el rabo y el cuerpo a manchas blancas y negras; pertenecía a la firma comercial Sucesores de Vicente y Compañía, con almacenes en la Marina, San Juan, y era amigo fiel y cariñoso de principales y empleados. En aquella casa todos eran *Voluntarios* y todos cargaban el *chopo*, hacían guardias y patrullas, trabajaban a ratos y descansaban cuando había tiempo para ello.

Cada madrugada, al toque de *diana*, el sereno del Comercio golpeaba las puertas de la casa en que habitaban los dueños de *Rival*, casa que fue derribada más tarde, para construir el edificio que hoy ocupa el American Colonial Bank.- ¡Arriba los de servicio!- voceaba el vigilante, y los muchachos, abandonando sus camas, requerían el Remington, marchando todos hacia la plaza de Alfonso XII, donde eran revistadas todas las guardias de la plaza.

*Rival*, siempre en cabeza, acompañaba a sus amos hasta el Cuerpo de guardia, donde permanecía como uno de tantos soldados, hasta el día siguiente; si por la noche salían patrullas, él las precedía, siendo un verdadero escucha, que al divisar un bulto sospechoso se paraba en firme, gruñendo fieramente, como si pidiera al intrus(> el santo y seña del día. Este noble can era tan popular como querido entre todos los oficiales y Voluntarios del primer batallón. Muchas noches el general Ortega, gobernador militar de la Plaza, al ser recibido por las guardias del recinto con las formalidades de *Ronda Mayor*, tuvo que ponerse a distancia para rehuir los colmillos de *Rival*, que no admitía otros amigos que los Voluntarios de su batallón.

Vino la paz; cesaron las faenas militares, y el perro no salió, en adelante, de guardia, de ronda ni de avanzada; permanecía a diario en el almacén, dormitando por los rincones, y nunca muy lejos del *armero*, donde ya aparecían oxidados los fusiles Remington.

El 18 de octubre de 1898, y muy de mañana, se echó a la calle, recorriendo uno por uno todos los Cuerpos de guardia, todas las baterías y caminos de ronda; ya cansado, y a su regreso, se detuvo en la plaza principal, en los precisos momentos en que tenía lugar la ceremonia de izar la bandera de los Estados Unidos en el edificio de la Intendencia, en señal de haber tomado posesión del último baluarte de la Isla el Ejército americano. Cuando las bandas militares rompieron con el *Himno de Wáshington*, *Rival* lo coreó con sus mejores ladridos; siguió después hacia su casa, tristón y con el rabo entre las piernas; subió los primeros escalones... y en la misma puerta de entrada quedó muerto.

¿Fue esto simple casualidad?

¿Murió aquel buen perro de dolor al ver que otra bandera, para él desconocida, flotaba en las baterías y Cuerpos de Guardia, donde él prestara excelentes servicios durante la guerra?

Misterio es este de imposible solución. Lo anterior no es una ficción; es un episodio de la guerra, y aun existe Mariano de Mier y otros que, por aquellos días, formaban parte de la casa donde vivió y murió el perro *Rival*, y que aun recuerdan su vida de ejemplar fidelidad y de patriotismo y su trágico fin.

La muerte de este mastín de guerra debió servir de ejemplo aquella mañana a muchos hombres que .....



*Hormigueros, Puerto Rico.*

## HORMIGUEROS

### EL SANTUARIO.- LA ROMERIA.- EL PADRE ANTONIO.- RECUERDOS DE LA GUERRA

En la cumbre de un empinado cerro y dominando las ubérrimas sabanas que el río Grande riega y fecunda con sus aguas, se alza el poético Santuario en que desde remotos años se venera a una imagen de la Monserrate, patrona de Hormigueros, alegre y linda villa, cuyas menudas casas se acomodan y cuelgan en las vertientes del cerro como otros tantos nidos de golondrinas.

Ejerce el curato y rige aquella grey el padre Antonio Rodríguez, gallego de Mondoñedo, que llegó a Puerto Rico después de navegar cuarenta días a bordo del velero *Jonás*, el año 1864, y que desde el siguiente tomó posesión de su feligresía, hasta hoy, en que, rayano en los noventa, continúa en el desempeño de su Ministerio, ágil como un mozo, cándido como un niño y creyente a semejanza de aquellos cristianos de las Catacumbas.

Habita, en lo más empinado del lugar, espaciosa y ventilada casona, techada de tejas de barro y con amplia balconada en que él repasa su breviario, duerme sus siestas y vigila, como pastor solícito, el redil que protege a su querido rebaño. No llegan a lo alto ni turban la paz de su refugio, el rudo batallar en la *tierra baja*, en donde un millar de campesinos y la complicada maquinaria de varias centrales, cultivan los inmensos campos de verdes cañas y convierten su dulce jugo en blancos cristales de riquísimos azúcares.

Padre Antonio es un pródigo; un sacerdote a semejanza de aquel *pae* Polinar de Pereda, capaz de quitarse los calzones para cubrir con ellos desnudeces del primer pobre que llame a su puerta. De carácter franco y jovial, y abierto, como los ventanales de su casona, piensa en voz alta, y siempre dice lo que piensa; y por esto sus dichos y ocurrencias, a veces de punzante sabor realista, son populares en Hormigueros, en Mayagüez y en toda la Isla.

Cada año, el 8 de septiembre, celebra, con creciente pompa, la festividad de su patrona, organizando además la popular romería que precede y cierra el novenario y ceremonias religiosas. Meses antes comienza su labor preparatoria; pide, siempre una poquedad, a sus feligreses, y escribe después centenares de cartas a sus amigos de toda la Isla; añade a lo así recaudado todos sus ahorros, empeña luego su firma, con iguales fines, y al mágico conjuro de su voluntad, un enjambre de romeros y peregrinos invade y ocupa todo el caserío y sus alrededores, llegando de todos los pueblos y en todos los vehículos imaginables, y hasta tomando por asalto, casi siempre, la propia casa, el comedor y la reducida despensa del padre Antonio.



**Padre Antonio Rodríguez, cura  
párroco de Hormigueros**

Junto al *Packard* principesco rumia su pienso de hierba el escuálido *chiringo*, en que una garrida moza bajara desde la altura para ofrecerle a su virgen predilecta las primicias de amores que le juraron bajo las frondas del cafetal, en *la cogida de los primeros granos*. Ciegos que acompañan sus villancicos con guitarras y, acordeones; músicos y cantores ambulantes recitando décimas glosadas de amor, *por lo divino, por lo humano, o de los siete pares de Francia*, al compás del alegre puntear de *cuatros y bordonúas*; vendedores de dulces, pasteles, frutas y baratijas establecen sus puestos en cada esquina y en todos los rincones, y una multitud regocijada, vistiendo sus mejores galas, rebulle en ansiosa espera de los fuegos. de artificio. Y al llegar la hora del espectáculo, aquí de los gritos, los vivos y los frenéticos aplausos cuando los cohetes de *lágrimas, de estrellas y de culebrillas* hienden el aire y estallan en lo alto.

«¡Cuidado con las varillas!» gritan los jibaritos guasones; «itápense las cabezas!» previenen las viejas, y entre risas y sabrosas picardías, recuerdan el caso de Jovita, la linda morena del *guayabal*, que el año último regresó a su casa triste y llorosa porque la varilla de un cohete le vació de cueva el ojo derecho, por estar embelesada oyendo las *gorduras* de Juancito.

«Y eso que aun derrite los corazones con *súnico* ojo» afirma Carpio, el *caja ( 3 )* de San Germán.

En la iglesia, entre nubes de incienso, y siempre asistido por otros sacerdotes, y a veces, bajo la mirada paternal del Mitrado de la Diócesis, oficia padre Antonio; llora el órgano, y voces juveniles elevan al Señor cánticos de gracia y alegres saluciones a la Virgen. Son niñas, y señoritas de Mayagüez, de San Germán, de Hormigueros y también de San Juan, que acuden cada año al llamamiento del viejo sacerdote, y muchas desposadas cuelgan a los pies de la Monserrate las coronas de azahales con que se adornaron en sus noches de bodas.

Cuando se quema e último cohete y el globo final se pierde trasmontando las lejanas serrranías, todos besan la mano al Pastor y se despiden hasta el próximo año.

- ¡Cuidado, y que nadie falte!

Aun resonaban los últimos cañonazos disparados por los artilleros del general Schwan, en la tarde del 10 de agosto de 1898, al finalizar el combate de Hormigueros, cuando el capitán Macomb, al frente de sesenta jinetes, escaló la loma del Santuario y deteniéndose frente a la Casa de Peregrinos, ordenó al sacristán que le fuesen entregadas las llaves del templo para colocar un centinela en su torre y que además se repicasen todas las campanas. Súpolo el párroco, quien acudió presuroso, negándose a tal demanda, y como se impacientase el capitán, entonces y quitándose el bonete, pronunció estas palabras, que él mismo escribió más tarde en una hoja de su breviario:

«Caballero oficial: soy ministro de un Dios de paz que está en los cielos y que es Padre de todos, lo mismo de americanos que de españoles, y mientras nuestros hermanos se matan a un kilómetro de distancia, mal puedo yo, ¡pobre cura!, dar órdenes para que repiquen las campanas del templo.»



**Hormigueros: Casa de Peregrinos.**

Tales cosas dijo el padre Antonio, y después de cubrir sus canas, sacó del bolsillo de su vieja sotana un manojito de llaves que alargó al capitán Maccomb, añadiendo:

«Señor capitán, tome usted las llaves de la casa de Dios.»

Maccomb, que sabía bastante español para entender las palabras del sacerdote, rehusó las llaves con un noble ademán y llevando su mano derecha al chambergo militar, saludó grave y serio, dio una voz de mando y desfiló, seguidamente, loma abajo, al frente de su tropa. Aquellos soldados, al llegar a la altura del venerable sacerdote, también le saludaron militarmente uno tras otro.

Cuatro días después de firmarse el Armisticio, y una mañana de ardiente sol del mes de agosto, nutrido pelotón de soldados de la brigada Schwan invadió la Casa de Peregrinos, y mostrando al párroco sus rosarios y libros de rezos, pedíanle, por señas, que les dijera una misa. Accedió el buen cura, y todos juntos bajaron al templo, que, por lo inopinado del suceso, se llenó de una multitud de curiosos. La tropa asistió al Santo Sacrificio con gran compostura, y después que el oficiante echara su bendición, se adelantó al presbiterio y pronunció esta plática enderezada a ciertos feligreses suyos allí presentes:

«Aquí los tenéis, de rodillas y en la casa del Señor; son los mismos que turbaron, no ha muchos días, la paz de nuestros valles con el estampido de sus armas; algunos de vosotros tal vez pensasteis que estos soldados serían azotes de la Religión y cuchillo del padre Antonio, pues..... ¡esto para vosotros!»

Y apoyando en la barba el pulsar de su mano derecha, hizo girar rápidamente, varias veces, los dedos restantes.

Se acusó al padre Antonio, por aquellos días, de ser un antiamericano furibundo; no fue así. Al hablar de la guerra y como buen gallego español que nunca renegó de su



sangre ni de su bandera, lloró las desdichas de su Patria, rememorando los pasados tiempos; eso fue todo.

El día 12 de marzo de 1921, Rafael Colorado y el que esto escribe, muy de mañana, subieron a la casona, enfrentándose allí con el padre Antonio; ambos vestíamos de *kaki*, con polainas militares, y él al vernos y tomándonos, tal vez, por oficiales americanos, se adelantó y muy cortés pronunció estas palabras en el más puro inglés de que es capaz un gallego de Mondoñedo:

- *Good morning, gentlemen; please sit down* ( 4 ).

Y al mismo tiempo nos señalaba dos viejos sillones conventuales con sus asientos de cuero claveteados de doradas tachuelas.

Habían transcurrido veintitrés años desde el combate de Hormigueros.

## **EL GENERAL ORTEGA, EL FARMACEUTICO GUILLERMETY Y EL DOCTOR GOENAGA**

### **PROMESA CUMPLIDA**

Una mañana, allá por las primeras del mes de mayo de 1898, estaba yo en la llamada *Botica Grande* platicando amigablemente con su dueño, el inolvidable patricio D. Fidel Guillermet. El viejo y buen amigo, grandemente excitado, me contaba algo muy grave que le había sucedido.

- Figúrese usted que esta mañana entró por esa puerta el general Ortega, y, sin cambiar un saludo, me dijo: «Oiga, señor Guillermet; necesito ahora mismo ese *yankee* que tiene usted ahí», y señalaba al *hombre del bacalao*; al noruego con un pescado al hombro que todo el mundo conoce, como el anuncio más común de la Emulsión de Scott, anuncio que figura en la mayor parte de las farmacias y droguerías.

Tragué saliva, me acordé del Morro y sus calabozos, y le contesté, aunque sin disimular mi disgusto: «Mi general, ése no es un *yankee*, es un marinero noruego con un gran bacalao a cuestas.»

-Bueno- replicó él -; usted dirá lo que guste; pero ése es un *yankee* y lo necesito para que sirva de *blanco* a los soldados en los ejercicios de tiro; hay que conocer bien a esa gente y urge afinar la puntería.

Y don Fidel, rojo como una cereza, casi llorando de rabia, no pudo acabar la narración de su lance porque en aquellos momentos el doctor Francisco R. de Goenaga llegó de improviso diciendo en alta voz:



**D. Fidel Guillermet.**

4.- Buenos días, caballeros; tengan la bondad de sentarse.



-Capitán Rivero, dame un pase para entrar en tu castillo.

-¿Qué te ocurre en mi castillo?

-Deseo atenderte y curarte por si, en caso de fuego, tienes la desgracia de ser herido.

-Gracias, Pancho; pero yo creo que si truena el cañón no serás tú quien suba las rampas de San Cristóbal en los momentos de combate.

-Dame el pase y veremos.



Arranqué una hoja de mi cartera, extendí y firmé un pase en toda regla, se lo di, y después que el doctor lo guardó en su bolsillo, alegre y jovial, como siempre, contó a todos los concurrentes algo curioso que le pasara en Santiago de Galicia con la hija de su patrona durante su vida estudiantil en aquella Universidad.

Pasaron algunos días, y el 12 de mayo, a la media lora de tronar los cañones de Sampson y cuando San Cristóbal hacía retemblar en sus cimientos las casas de San Juan con el isócrono rugir de sus baterías, atrajo mi atención un galope de caballo, coreado por desaforados gritos de los soldados de guardia.

**El hombre del bacalao.**

Acerquéme al muro de entrada y pude ver, no sin asombro, al doctor Goenaga vistiendo todos los arreos de médico militar, mientras clavaba las espuelas a un soberbio jaco, rucio moro, que con sus herraduras arrancaba chispas del hormigón.

Llegó a la Plaza de Armas, echó pie a tierra,, mostrando su pase al *cabo de cuarto* el cual había intentado detenerle, y ágil como un muchacho escaló a todo correr mi batería.

-Capitán Rivero, aquí estoy- me dijo.



**Castillo de San Cristóbal.**

Le pedí perdones por haber dudado, no de su valor, sino de su seriedad, ya que para este galeno es cosa corriente tomarlo todo a broma. Díle las gracias, rogándole abandonase sitio tan expuesto porque, como le dije, a mí no me faltaban médicos y a él le sobraban hijos por quienes velar.



D. Francisco R. de Goenaga.

Goenaga me contestó algo muy feo, algo de cuartel, y tranquilamente se situó junto a un Ordóñez de 15 centímetros que yo había estado apuntando al monitor *Amphitrite*. Pero en aquellos momentos los artilleros del acorazado *Indiana* tuvieron la humorada de saludar al terco doctor con una granada de 13 pulgadas, la que chocando contra un través de sacos terreros y haciendo trizas un buen golpe de ellos, aunque sin estallar, enterró a mi amigo debajo de un montón de sacos y arena.

Acudimos varios de los presentes, entre ellos el general Ortega, y tirándole de pies y manos, lo sacamos a flote algo ajado el uniforme, pero ilesa su persona. Después de esta experiencia, Goenaga rehusó nuevamente abandonar la batería, y allí permaneció hasta que el corneta de órdenes dejó oír el vibrante toque de *alto el fuego*.

La escuadra enemiga se retiró al horizonte y el doctor Goenaga bajó al patio, cabalgó en el rucio moro y rampa abajo, paso entre paso, se perdió camino de *Cantagallos*.

Esto fue algo de lo que hizo en aquella ocasión mi compadre de hoy, un minuto después de que su asistente, Justo Esquivies, fue convertido en un montón de cenizas por una granada de metralla de los cruceros americanos.

## EL HELIOGRAFO



UE el 12 de julio, y muy cerca de media noche, cuando el sargento de la sección de ingenieros telegrafistas bajó, casi rodando, la rampa que conducía al *Macho* de San Cristóbal, y cuadrándose militarmente me dijo:

-Mi capitán, ocurre algo grave.

-¿Qué es ello?

-Tenemos un espía dentro de la plaza, en la Marina, y en estos momentos se comunica por heliógrafo, con un buque que debe estar mar afuera.

El caso era serio y rápidamente subí al *Macho*, donde estaba la estación heliográfica.

-Mire eso mi capitán -dijo el sargento señalando una luz que a intervalos aparecía y se ocultaba sobre el caserío de la Marina-. ¡Oiga, oiga! -continuaba, traduciendo los destellos-: raya, punto, raya, raya ... ; no puedo entender! Esa gente debe hablar en inglés.

Trasladé el parte al teniente coronel Aznar, quien, abandonando su poltrona, avisó al coronel Sánchez de Castilla, y ambos, murmurando como siempre que se turbaba su tranquilidad, subieron al *Macho*, miraron por el anteojo y dispusieron se avisara de la ocurrencia al general Ortega.

Sobrevino el bravo gobernador de la plaza, fiero el entrecejo y con la mano derecha en el puño de su sable prusiano; cada cual daba su opinión sin llegar a un acuerdo, cuando acertó a subir el capitán encargado de la sección, quien después de oír el relato Y observar por el anteojo, falló de plano:

¡Estábamos sobre un volcán! Aquello era un heliógrafo manejado por persona experta y comunicándose con alguien.

-¡Lo fusilo!- dijo Ortega; y vuelto hacia el sargento le ordenó:

-Vea si puede *pescar* algo.

Éste, cosido al anteojo, deletreaba: A B-H-Z..... «¡Hablan en clave!» -pensamos todos.

-¡Ya! -gritó el sargento, y añadió cómo si descifrarse un jeroglífico: -Listos para.....

-Listos para ser fusilados- concluyó el general; y fijando sus ojos en un joven ciclista que allí estaba, de nombre Rafael Balmes, le ordenó:

-Monte en su bicicleta, corra allá -señalando la luz, la cual seguía *puntuando* y *rayando* todo el alfabeto-, busque la casa y tráigame muerto o vivo a ese traidor.

-Lo traeré -contestó el chiquillo, y se perdió por la rampa.

Todos permanecemos en silencio, menos el general Ortega, que a media voz murmuraba:

-Esa -apuntando a la luz- o es Crosas o Mr. Scott, *el del Gas*.

Y con el puño cerrado amenazaba al cielo y a la tierra, mientras el anteojo fue cuidadosamente apuntando a la casa del crimen, para fijar su posición cuando llegase el día.

.....

Balmes regresó contrariado y sudoroso. -¿qué hay? -le interpeló el general.

-Pues casi nada; mejor dicho, como haber, hay un farol colgado de un andamio en cierta casa que está en reparaciones; a ese farol le falta un cristal que ha sido substituido por un papel obscuro; el viento *manipula*, y así, cuando vemos el vidrio es *raya* y cuando el papel opaco, punto.

-A-FI-K-J..... -deletreaba el sargento que, abstraído, no se había fijado en la llegada del ciclista.

Todos reíamos del lance, todos menos el general Ortega, que, acariciando siempre el sable prusiano, murmuraba con voz sorda:

-Será un farol; pero ese Crosas ...

Aquella noche el bravo mariscal la pasó serio y poco comunicativo; pero al siguiente día, al toque de diana y después de la *descubierta* me interpeló:

-Supongo que usted no se habrá *tragado* lo del farolito.

-¡Cómo! ¿Usted cree..... ?

-Yo no creo nada; pero le advierto que algún día me daré el gustazo de fusilar *un farolito*.

Y no dijo más, en toda la mañana, el bonazo de don Ricardo Ortega.

## **EL HEROE MAXIMO DEL 12 DE MAYO**

Casi negro, esbelto, limpio y alegre, Martín Cepeda, obrero bocafragua de los talleres de fundición de los Sres. Abarca, se presentó una mañana en San Cristóbal.

-¿Qué ocurre, Martín?

-Aquí vengo, mi capitán, para que me apunte en la briGada de *auxiliares de artillería*.

-Piensa, Martín, que el asunto es serio; si el enemigo nos ataca por mar o tierra, habrá que pelear duro y entre grandes peligros.

-Bueno; pues apúnteme.

Y así Martín Cepeda, muchacho de veintidós años, buen herrero, parrandista de los de guitarra callejera y garrafón de anís, vino a mis órdenes sujeto a todos los riesgos y a todas las disciplinas. Ofrecía su vida, y yo solamente podía darle café, dos ranchos ¡famosos ranchos los de mi batería!, ración de pan, su *media* de vino *Anguciana* y una peseta diaria, pagadera cada sábado.

Martín demostraba tenerme apego, y siempre andaba a mis alcances. Aquella mañana, 12 de mayo, y cuando ya estábamos bien metidos en fuego, cuando ya tenía artilleros muertos y heridos, y dos piezas temporalmente inutilizadas, fue preciso llamar

voluntarios para acarrear proyectiles cargados desde la batería de San Carlos a la alta del Castillo.

-¡Martín!

-¡Mi capitán!

-Toma 12 hombres, y ¡volando! tráeme aquí todos los proyectiles cargados de la batería de San Carlos.

-¡Andandol! Sus hombres subían y bajaban, y mi repuesto de granadas crecía por momentos. De pronto un estruendoso silbido, recio choque en el hormigón de la batería y una granada de 6 pulgadas rodó, aunque sin estallar, por el pavimento. Martín estaba allí, con un proyectil sobre el hombro derecho, mirando con sorna la granada enemiga.

-Martín, ¡fuera de ahí, volando!

-Esa no mata a nadie- fue su respuesta. Y como endemoniada negación estalló el proyectil, que tenía espoleta de tiempo. Sus cascotes volaron en todas direcciones, levantando una nube de polvo y humo, y cuando ésta se disipó, pude ver a Cepeda de pie, sonriente, y arrojando la sangre a chorros por su hombro derecho; un casco le había tronchado el brazo a raíz del hombro, y el miembro colgaba sostenido por un trozo de piel.

Corrí hacia él, y entonces aquel hombre, heroicamente hermoso, echando lumbre por los ojos, sujetó con su mano izquierda el brazo herido, y me dijo:

-¡Mi capitán, aún me queda el otro brazo!

Así fue como se comportó Martín Cepeda, a las siete de la mañana del día 12 de mayo de 1898, en la batería de los *Caballeros* de San Cristóbal, que tenía a su frente la escuadra americana mandada por el almirante Sampson.

¿Quién hizo más o mejor aquel día en que muchos cumplieron su deber, y otros fueron más allá de ese límite? El soldado que cae muerto o herido, cumple su obligación y su juramento; la ley lo hizo soldado; o pelea o lo fusilan.

Martín vino al combate por su gusto; sabía el riesgo de aquella función de guerra, generosamente, ofrendó toda su vida de obrero laborioso y listo, y sus noches de alegres parrandas, a cambio de nada.



**Martín Cepeda,  
el manco de San Cristóbal.**

Para el que muere junto al cañón todo ha terminado. Para el obrero que perdió en sus mocedades el brazo derecho, el brazo que manejaba la herramienta, queda toda una larga vida en que ganar el pan de sus hijos como un inválido, o pedir una limosna.

Lo envié a la enfermería; acudió el médico, y de un tajo acabó de separar el brazo; fue curado de momento, y camino del Hospital Militar vi más tarde una camilla conducida por dos hombres. Allí dentro, y dentro de aquel pecho ensangrentado, latía un corazón grande y valeroso.

Curó Cepeda; pasó la guerra, y como le hubiera propuesto para una recompensa, la Reina, como caso especial, le concedió una *Cruz Roja*, pensionada con 7 pesetas y 50 céntimos cada mes.

Más tarde, un jefe americano, cerrando los ojos ante el inválido, permitió que el «Board of Health de Puerto Rico», con fecha 18 de diciembre de 1901, le otorgara el diploma de maestro plomero, diploma que firman los doctores R. M. Hernández, como presidente, y W. Fawell Smith, como secretario. Y así gana su vida; él dirige, hace lo que puede con su mano izquierda; otros lo ayudan, y con ellos comparte la ganancia.

Cada año, el 12 de mayo, muy de mañana, Martín Cepeda, pulcramente acicalado, con sus mejores ropas y llevando en el pecho la cruz de guerra, sube las escaleras de mi oficina.

-Buenos días, capitán.

-¡Hola, Martín! ¿Cómo estás?

Bien, capitán; a saludarlo como de costumbre, pidiendo a Dios que pueda hacer lo mismo el próximo año.

Y yo me levanto, aprieto su mano y le deslizo en ella algo para festejar el día. Y Martín, siempre alegre, siempre majó, baja las escaleras y vuelve a sus plomerías.

Yo no sé cómo él se las arregla; pero una noche en que paseaba yo por cierta calle alta de San Juan, hallé a mi hombre, con otros amigos, frente a una ventana, metido en *jolgorio*; me acerqué, y vi con asombro que Martín Cepeda ¡estaba tocando la guitarra!

¡Había aprendido a tocarla con la mano izquierda!

## **RAMON B. LOPEZ, MAESTRO DE PERIODISTAS**

Alto, avellanado, algo rendido por la pesadumbre de una labor constante y de los años; muy sordo, muy despierto y siempre risueño y bromista, fue Ramón B. López, fundador y director del periódico *La Correspondencia de Puerto Rico*. Durante la guerra hispanoamericana se destacó, en grandes relieves, la figura de este hombre verdaderamente excepcional.



Fue agricultor, industrial -fundó en Bayamón una fábrica de hielo- comerciante y sobre todo periodista moderno, que se adelantó veinte años a su tiempo. Auxiliado por el escritor dominicano Francisco Ortea, hombre culto y laborioso, fundó en San Juan su periódico, que vio la luz pública el día 18 de diciembre de 1890, siendo el primer diario en Puerto Rico.

Rompiendo con moldes anticuados, desterró de su hoja aquellos editoriales kilométricos que empezaban, *Pro domo sua*, *En la brecha*, *Amicus Platus*, etc., y terminaban después de un fárrago de literatura ampulosa, con los mismos *Amicus Platus*, etcétera, *En la brecha* y *Pro domo sua*.

La noticia escueta, precisa, corta, fue la nota dominante en su diario. Lo decía *todo*, aun lo que por entonces no podía decirse.

Se esperaba en puerto el correo español, donde volvía a San Juan un alto funcionario de hacienda, de apellido Vega-Verdugo, autor de unas tarifas sobre ingresos, que habían soliviantado al país, produciendo extraordinaria efervescencia; la población en masa organizaba una silba monstruosa para recibir al vapor. El Gobierno, y con él la Policía y Guardia civil, estaban alerta, dispuestos a reprimir aquel acto, metiendo en cintura a sus promovedores.

Don Ramón escribió entonces en su periódico: «parece que los pitos y otros aparatos de hacer ruido alcanzan una gran demanda; pronto se agotarán las existencias en quincallas y ferreterías.»

Y al siguiente día: Una persona, que parece saberlo todo, nos aseguraba hoy que si se sopla con bríos un buen pito desde el tinglado del muelle, se oirá perfectamente el sonido a bordo de cualquier vapor correo anclado en el puerto. Estos son asuntos de *acústica* en que no somos peritos



Sus célebres *semblanzas* estuvieron en boga durante mucho tiempo, dando gran impulso a *La Correspondencia*, que se vendía a *chavo*, moneda de cobre en circulación y cuyo valor era poco más de un centavo.

Ramón B. López, hombre de ideas avanzadas, largo de pluma y suelto de lengua, no fue nunca bienquisto en el Palacio de Santa Catalina; Camó lo miraba de reojo y Miquelini, jefe de la Guardia civil, lo tenía anotado en su *libro verde* de sospechosos.

Al estallar el conflicto hispanoamericano es cuando se agiganta la figura de este noble portorriqueño. Su hoja diaria fue un clarín vibrante de lealtad y patriotismo, dando a España lo que a España correspondía; pero manteniendo siempre, a veces con gran riesgo de su libertad, los fueros del terruño, que tanto amaba.

En aquellos días, cuando muchos valientes buscaron refugio en las montañas o en el extranjero, López se traslada a su oficina; allí establece su *Cuartel General*, y, en ocasiones, él solo, y otras con ayuda de algún reportero, llenaba las planas de *La Correspondencia* de interesante lectura, que era fiel reflejo de cuanto acontecía durante aquel período de nuestra Historia.

El 12 de mayo es herido en su propia casa por los cascotes de un proyectil, y tan pronto lo curan en la ambulancia, de primera intención, corre a su pupitre y redacta una información del bombardeo, que aun sorprende por lo extensa, exacta y nutrida.

Cuando el espíritu público declinaba y muchos hombres sentían vacilaciones, rayanas en debilidades, Ramón B. López los llamaba al deber a latigazos, unas veces, otras con finísimas ironías. Son muestras de peregrino ingenio estas noticias de su diario:

«Un amigo nuestro nos ha pedido precio por la impresión de dos mil folletos que piensa publicar para venderlos a 50 centavos ejemplar, titulado *Los embriscados*. El aludido libro se dividirá en cuatro capítulos. El primero dedicado a los *embriscados pudorosos*, que se marchan a escondidas por las noches; el segundo a los *intermitentes*, que vienen por las mañanas y se ausentan por las tardes; el tercero a los *eventuales*, que desaparecen en cuanto circulan rumores de peligro, y el cuarto a los *fijos*, que no volverán sino después de firmada la paz. Será un libro curioso, porque contendrá los nombres, edades, profesiones, cargos que desempeñaban, fechas de salida, sueldos que gozan y sitios de residencia.»

-Se dice que no falta algún habitante temporero de las sierras del *Guaragua* que encuentre deliciosa la vida de las montañas y que ya coma con gusto el *arroz con perico*, *funche*, *majarete*, *mundo nuevo* y hasta los *caimitos*, *icacos* y *jobos*, ponderando la riqueza de manjares y frutos montaraces que desconocía hace tres meses. No hay nada tan eficaz como los anuncios de bombardeos, para desarrollar el gusto, por estudios prácticos, de las costumbres campesinas.

Había una estricta censura en las oficinas, del Estado Mayor; el *lápiz rojo* del censor mutilaba las *hojas de plana* de *La Correspondencia*, era preciso *nadar y guardar la ropa*, como decía D. Ramón.

En 26 de julio de 1898 escribe: «Se dice que una brigada americana, numerosa, con gran cantidad de cañones, ha tomado tierra en Guánica, capturando la población, y trabando después combate hacia el camino de Yauco, con las fuerzas españolas de Patria, al mando del teniente coronel Puig, cuyas fuerzas han tenido que retirarse ante la superioridad del enemigo.

Pero, señor, ¿de dónde diablos saldrán estas noticias?; ¿Quién las inventa? ¿Quién las propaga?

Protestamos enérgicamente contra esos bolegramas.»

A ratos aparece travieso y burlón como un estudiante; al siguiente día del bombardeo de San Juan, publicó esta noticia:

«Dícese que el día del bombardeo volaron de a bordo de los buques de guerra «yankees» dos loros africanos blancos. Fueron a parar al Morro, donde los recogieron y conservan los soldados.»

Por la tarde, y a la siguiente mañana, el capitán Iriarte vio con asombro su castillo rebosando de curiosos que le hacían mil preguntas sobre los *loros blancos*.

En la próxima edición continuó la broma: «No fueron dos loros, sino dos mirlos blancos africanos, los que el día del bombardeo se escaparon de los acorazados enemigos y fueron recogidos no en el Morro sino en el Castillo de San Cristóbal.»

Y entonces le tocó al autor de este libro explicar a muchos cándidos que no existen *mirlos blancos*, y que todo era *una tomadura de pelo* de D. Ramón. Muchos no me creían, y hasta algunos, muy amigos, se pusieron furiosos, murmurando «de que se le ocultase al pueblo todas las noticias de la guerra, incluso la presencia de aquellos interesantes pajaritos»

Un día, el censor, dejó en cuadro su periódico; López hizo componer y publicó en aquella edición el *Padre Nuestro*, la *Salve* y el *Yo Pecador*.

Hasta principios de julio escribe: «Nadie creyera hace dos meses, que San Juan fuese un criadero de *gallinas marruecas*; ¿qué se hicieron de aquellos valientes gallos de antes? ¿Qué de aquellos bravos que paseaban por las aceras sus terribles *cocomacacos*? »

La censura *aprieta*; Ramón López es llamado al Estado Mayor, donde Camó lo amonesta con su dureza acostumbrada. Él *se hace el sordo*, y el mismo día se disculpa con sus lectores:

«No extrañen nuestros lectores que en los cortísimos días que le quedan de vida a este periódico dediquemos preferente atención a publicar el estado de la temperatura, los chubascos que caen o dejan de caer, del agua que tengan los aljibes, de la marcha de las estrellas que pueblan el firmamento, de los cometas que se descubran, de los *tallotes* que llegan del mercado, de la cosecha de *jobos*, de los colores del arco iris y de otros muchos asuntos de *palpitante interés*, como los relatados. Será la manera de

evitarnos disgustos y de aguantar *desahogos*, a los cuales no estamos habituados ni nos habituaremos *nunca*.»

Tan pronto como se publicó la noticia del Armisticio, corre a la Isla en busca de noticias de palpitante actualidad, provisto de un pase, que se proporcionara sabe Dios de qué manera; su hijo, Adrián López Nussa, educado en los Estados Unidos, le acompañó en su *viaje al extranjero*, como llamara López a su expedición.

Salió de San Juan el 20 de agosto; llegó a Coamo; se detuvo algunas horas en el campamento americano; habló con el general Wilson, y le tomó aquella famosa *interview*; primera noticia que tuvieron los portorriqueños de los propósitos, para el futuro, del Gobierno americano.

Siguió a Ponce; bloqueó en su Cuartel General de la Aduana al general Miles, y luego marchó, por Yauco y Guánica, a Mayagüez, donde acosó a preguntas al bondadoso general Schwan.

*La Correspondencia*, diario de la tarde, corría de mano en mano; el público se arrebatada los números para saborear aquellas crónicas, llenas de detalles, todos nuevos y todos de gran valor. Sus epígrafes eran: «Viaje al extranjero»; «Primera jornada»; «De la capital a Coamo»; «En el campamento americano»; «*Interview* con el general Wilson»; «De Coamo a Ponce»; «De Ponce a Mayagüez»; «*Interview* con el general Schwan.»

Llegó a Ponce el 25 de agosto, y allí se unió a Mr. R. H. Hasken, reportero del *New York Herald*, desde cuya ciudad continuó enviando jugosa información.

Tal fue el hombre cultísimo, educado, honorable, laborioso, con aspecto de *gentlemen* inglés, cuyo recuerdo perdurará en Puerto Rico y, sobre todo, entre los hombres del periodismo que le consideran como un maestro y un precursor.

**INDICE**